
CAPITULO XXXIII.

FACCION ABSOLUTA DE CHOLULA: LLEGA CORTÉS A MÉ-
XICO: RECIBIMIENTO QUE LE HACE MOCTEZUMA:
AÑO DE 1519.

Luego que le pareció á Hernan Cortés que tenia bien asegurada su alianza y confederacion con la república de Tlaxcala, comenzó á tratar de la jornada de México, y señalado el dia se movió disputa sobre la eleccion del camino que se habia de tomar. Inclinábase Cortés á ir por Cholula, ciudad de grande poblacion, cuyo gobierno era republicano como el de los tlaxcaltecas. Era un santuario aquel lugar tenido en gran veneracion para con todos los indios comarcanos. Contradecian esta resolucion los tlaxcaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Huetcotzingo, pais

abundante y seguro, fundados en que los de Cholula, sobre ser naturalmente traidores, eran muy leales á Moctezuma y tenian continuamente alojadas las tropas mexicanas en sus territorios.

Repugnaban lo mismo los zempoales, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocotlan para desviar el ejército de aquella ciudad; pero ántes que Cortés declarase su última determinacion sobre el camino que habia de llevar, persuadió á los tlaxcaltecas de que no queria más que hacer una visita al Emperador Moctezuma; que si Cholula ú otros lugares del tránsito hacian el más mínimo movimiento para estorbarle el paso de sus tropas, que entónces se valdria de las fuerzas de la República para castigarlos, á pesar que con las suyas le bastaba para hacerse respetar.

Como la confederacion de los castellanos y tlaxcaltecas causó tanto temor á Moctezuma, resolvió despacharle otros embajadores con nuevos regalos á fin de impedirle la entrada en su corte y desviarle con maña de la alianza contraida con sus enemigos los tlaxcaltecas. Llegaron los embajadores con la noticia de que ya estaba dispuesto á recibir su Emperador la visita de los españoles, dando á entender que ya les tenia prevenido el alojamiento en Cholula. Cortés, sin embargo de no fiar de los culúas ni de los aga-

sajos de Moctezuma, tan repentinamente mudado en orden á dejarse ver de los españoles, disimuló sus sospechas y se vió obligado de ir por aquella ciudad. Volvieron los tlaxcaltecas á representarle el peligro á que se exponia, cuando supieron la invitacion de Moctezuma, y le ofrecieron cincuenta mil indios para que se defendiese de las asechanzas que se temian de parte de los cholultecos; mas Hernan Cortés, con buenas razones, les desvaneció su temor y les agradeció su buena voluntad.

Como unos veinte dias se habia detenido Hernan Cortés en Tlaxcala para dar asiento á sus cosas é informarse bien de las fuerzas de Moctezuma; y habiendo al fin acordado pasar á Cholula, salió de Tlaxcala el dia señalado para la marcha, y halló ya en el campo un ejército de tlaxcaltecas, prevenido por la República, que constaba de cien mil indios armados, segun lo refieren algunos historiadores, siendo más verosímil que no llegara á tan crecido número. Agradeció Cortés con palabras de grande encarecimiento esta demostracion de su fidelidad, y trabajó mucho en convencerlos de que no convenia que le siguiese tanta gente puesto que iba de paz. Consiguió dejarlos satisfechos con admitir que le siguiesen algunas tropas con sus capitanes, y que quedase reservado el grueso de este numeroso ejército para marchar

en su socorro en caso de necesidad. Por último, llevó consigo seis mil tlaxcaltecas, que con sus soldados españoles formaban ya un cuerpo respetable. Tomó la via de Cholula, advirtiendo á sus tropas castellanas que no se desmandasen y se llevasen bien con los tlaxcaltecas. Como tenia dicho de antemano á los indios que los españoles comian y dormian armados, y muchos en sus caballos, le fué fácil por este medio alejar de ellos toda idea de que se cuidaba de alguna traicion que le hiciesen; y le aprovechó grandemente esta precaucion para librarse de cierta asechanza que los de Cholula le tenian armada, la cual fué descubierta por una india que se lo dijo á Marina y ésta se lo comunicó á Cortés.

Con este aviso dispuso Hernan Cortés que sus principales soldados guardasen algunos puestos importantes de la ciudad: hizo llamar á los señores más principales y sacerdotes que consideró ser los caudillos de la conspiracion, y les dijo cómo ya se sabia su perfidia: ponderó á los embajadores mexicanos cuán indigna cosa era para un gran príncipe como lo era Moctezuma (su amigo) que autorizase semejante alevosia de los Caciques y habitantes de Cholula, pues sin respetar las leyes de la hospitalidad y faltando en tal manera al establecimiento de la paz, tenian la osadía de encubrir su delito y su maldad con el nom-

bre de su Emperador, lo que irritaba sumamente y no se hacia creible; y así, que este hecho le ponía en la dura necesidad de tomar satisfaccion de su ofensa con todo el rigor de sus armas.

Enmudecieron luego los embajadores, y como pudieron procuraron satisfacer á la queja de Cortés, pero al fin fueron convencidos de la verdad. Llamó á los capitanes castellanos; dióles cuenta de lo que tramaban los cholultecas, y habiéndoles consultado su determinacion para el mejor acierto, éstos fueron de parecer que, como lo pensaba, así se ejecutase, castigando como era justo la traicion de aquella gente, siendo muy necesario este golpe para refrenar á los mexicanos y conseguir en México plena seguridad; y en fin, que en todo se remitian á su discreta determinacion. Cuando ménos lo esperaban los conjurados de Cholula, al ruido de los arcabuces, que era la señal que Cortés habia dado á los suyos, entraron á viva fuerza españoles, tlaxcaltecas y zempoales en la ciudad, cuyo imprevisto accidente les causó tanto pavor, que ni pudieron huir ni defenderse. Murieron muchos en esta primera carga; pero el mayor número se refugió en los templos, los que fué preciso batir con artillería para desalojar á los indios principales y sacerdotes que se habian amparado en sus torres con gran porcion de gente. Entraron por las brechas nuestros sol-

dados, espada en mano, y á breve rato se ejecutó una gran carnicería en aquellos indios sediciosos. Se recorrió la ciudad con la misma diligencia, y quedaron muertos en las calles ó abrasados en los templos y casas fuertes, más de seis mil entre naturales y mexicanos. Accion bien ordenada, y lograda sin pérdida alguna de los nuestros, que, á la verdad, tuvo más de castigo que de victoria. Saqueóse mucha parte de la ciudad; y con el oro, joyas y pluma que tomaron los castellanos obsequió Cortés á los capitanes tlaxcaltecas, dejando á la soldadesca zempoala y tlaxcalteca que pillase la ropa y sal que apetecian sobremanera. El resto de las tropas de Cholula y sus capitanes pidieron misericordia, disculpándose con que Moctezuma los habia sobornado y obligado á que cometiesen esa traicion. Perdonóles Cortés, y trató de hacer amigas aquellas dos Repúblicas, Cholula y Tlaxcala, y consiguió fácilmente que se celebrase acto de confederacion entre ambas naciones, á pesar de los embajadores de Moctezuma, con quienes se portó con grande arte y disimulo, dando siempre á entender que su fin solo era obligar á su Emperador á que todos tuviesen paz, pues la ley evangélica que profesaba, y deseaba introducir en sus dominios, se avenia mejor con los términos de la concordia que con los bullicios de la guerra.

Así pasó el castigo de Cholula, tan ponderado de cruel en los libros extranjeros, y que cuentan entre las inauditas atrocidades que refieren de los españoles en las Indias para desacreditar nuestras conquistas. No necesita el caso de Cholula de más defensa, que el hacerse cargo de la malicia de aquellos bárbaros que con el engaño querían aprovecharse de sus fuerzas combinadas para destruir el ejército español y al mismo tiempo vengarse de sus enemigos los tlaxcaltecas y zempoales, y cuán justamente fué castiga su alevosía. Ya tengo contestado de antemano á estos encañamientos de que se valen los émulos de nuestra nación española para oscurecer sus glorias, y al fin no pueden negar que se consiguió con estos instrumentos la conversion de aquella gentilidad, siendo imposible dejar de perdonar algunos inconvenientes en la empresa más justa y santa; y querer que no fuese del agrado de Dios la conquista de esta gran parte del mundo y restitution de las almas de sus habitantes á su Criador, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes, y así se deben oír con desprecio estos juicios apasionados y mal fundados de algunos autores que miran con ceño la facilidad con que se evacuó la grande obra de la conquista de las Indias en general, y de la Nueva-España en particular, sien-

do evidente que en ésta especialmente se reconoció el dedo de Dios con claridad, por la facilidad con que permitió se introdujese su santa ley en ella, como lo experimentamos, despues de conseguida la adquisicion de tanta grey para el rebaño de la Iglesia, los que nos ocupamos en el santo ministerio evangélico en estas partes.

Castigada la traicion de Cholula, no quiso detenerse más Hernan Cortés sino hacer su entrada en México, porque juzgaba de mucha importancia reconocer cuanto ántes la calidad de aquella ciudad, donde se consideraba temido por la valentía de sus soldados y sus hechos tan felices como gloriosos. Algunos zempoales que militaban en el ejército, temiendo el empeño de pasar á México, le pidieron licencia para retirarse á sus casas: los españoles resistian esta empresa, pues la tenian por arriesgada. Representábanle unos y otros la gran temeridad de meterse tan pocos entre tanta multitud de gente en una ciudad tan fuerte, de donde no pudiesen salir; el dificultoso sitio de ella, por estar cercada de agua; la cautela de su señor y de sus vecinos, el cual, por medio de otros, habia procurado su muerte; qué habia que esperar, aunque le ofreciese la paz, pues debía estar seguro que habia de ser fingida.

No dejó de alterarse un poco el ejército con este rumor oculto, y pudiera haber tomado más

cuerpo la murmuracion y el temor de modo que al mejor tiempo se hubiera malogrado todo; pero Hernan Cortés, que no se paraba en estos ni en otros inconvenientes, animando á unos y confirmando á otros en el valor que mostraban, desbarató este escollo de dificultades que se le ofrecian. Vencida ésta, y animado del deseo de pasar adelante y probar fortuna, resolvió marchar á la capital de aquel imperio, y en consecuencia movió su ejército, que constaba de 400 españoles y como de 6,000 indios de tropas auxiliares, y se acuarteló cerca de Huetcotzingo. Halló, entre los indios principales de aquella jurisdiccion, las mismas quejas de Moctezuma que se oyeron en las provincias más distantes, y no le pesó de encontrar esta mala disposicion de los ánimos tan cerca del centro de la corte, considerando que no podia ser muy poderoso un Príncipe á quien le falta el amor de sus vasallos, siendo el mayor apoyo de los Reyes. El dia siguiente penetró por una sierra áspera, é iba cuidadoso porque uno de los Caciques de Huetcotzingo le dijo al partir que no se fiase de los mexicanos, porque tenian emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados el camino real que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el principio de la cuesta, para de este

modo extraviar al ejército, llevándolo á un paraje ménos penetrable y cargarle de improviso en el momento más oportuno, cuando no se pudiesen mover con libertad los caballos, ni jugar la artillería, ni afirmar el pié los soldados. Reconoció al subir la cumbre de la sierra ser cierto lo que se le habia dicho del plan de Moctezuma; y sin darse por entendido de cosa alguna, mandó que una porcion de indios amigos (como batidores) pasasen á escombrar y desembarazar el camino, lo que ejecutaron prontamente con grande asombro de los embajadores mexicanos á quienes llevaba consigo. De esta manera se apartó del peligro, dejando frustradas las intenciones de Moctezuma, quien, luego que supo el mal efecto de su combinacion, decayó de ánimo y se encontró sin aliento para usar de sus fuerzas; y al ver á los españoles en la provincia de Chalco, sin que le hubiesen valido de nada sus ardides para desviarlos de su corte, fué mayor su inquietud.

Andaba fuera de sí y sin saber qué partido tomar, asombrado del atrevimiento de aquellos hombres extraños, los cuales porfiaban contra su voluntad en entrar á su corte, y no dudó ya que eran aquellos mismos hombres que habian de venir del Oriente, anunciados á sus mayores. Encerróse en el templo principal, mandando sacrificar muchos hombres para aplacar á sus dio-

ses. Convocó, finalmente, una junta de sus magos y agoreros, ofreciéndoles grandes premios si conseguían por medio de su arte el apartar á los españoles de su corte. Consultaron éstos á uno de sus ídolos, á quien llamaban Tetzcateputla, dios terrible que convenia tener propicio, porque, en su entender, disponia de pestes, esterilidades y otros castigos del cielo. Su respuesta fué: que dijese á Moctezuma, que en castigo de sus crueldades y tiranías ya estaba decretada la ruina de su imperio.

Confusos los magos, y bien temerosos de la ira de Moctezuma, le intimaron la respuesta de su dios infausto, porque era muy religioso y estricto en tributar veneraciones á sus dioses. Empezó desde luego á preparar el recibimiento de los españoles con el aparato correspondiente á su grandeza. Si se reflexiona bien en las circunstancias de esta entrada de los españoles en la corte de un Emperador tan poderoso, quien no omitió medio para estorbársela, pareciéndole imposible que tan poca gente penetrase hasta la capital con la tenaz resistencia, entre tantos enemigos y tanta multitud de indios que obedecían ciegamente á Moctezuma; en la turbacion de un Príncipe tan poderoso y absoluto en sus determinaciones; á vista del desaliento de sus dioses, que á su parecer se daban por vencidos del Dios de los espa-

ñoles, se reconocerá la poderosa mano de nuestro Dios, quien disponia á su arbitrio lo que convenia para poner en términos posibles tan gran dificultad, puesto que se encaminaba al logro de la conquista espiritual de tantos gentiles.

Marchaba entretanto el ejército, atravesando las provincias de Chalco, y en el pueblo de Amecameca vino el Cacique de Chalco con las mismas quejas que tenían otros Caciques, de las tiranías de Moctezuma, á ofrecer sus fuerzas para sostener la causa comun en solicitud de la libertad. Recibióle con mucha urbanidad Hernan Cortés, y se regalaron ambos en prendas de amistad. Anduvo despues el ejército unas cuantas leguas y hizo alto en una pequeña poblacion, cuya mitad baña la laguna, y la otra mitad, situada al pié de una sierra áspera y pedregosa, llamada Ayotzingo. Trataba al otro dia Hernan Cortés de poner en marcha su ejército, cuando llegaron al cuartel algunos señores mexicanos con aviso de que venia el Príncipe Cacamatzin, sobrino de Moctezuma y señor de Tezcucó, á visitar á Cortés de parte de su tío. Tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos indios principales, y otros iban limpiando la tierra por donde habia de pasar. Venia ricamente vestido, en andas, las que llevaban los nobles de su comitiva. Salió Cortés á recibirle, y el Príncipe le correspondió haciendo